

# Video y textos distópicos: leer, identificar y argumentar

Actividad para iniciar la clase 2 después del trabajo grupal. Usa el video como lente breve y luego analiza dos textos distópicos para reconocer control, medición, lenguaje oficial, resistencia y tensión sobre lo humano.

Video breve + lectura comparada

OA 2 y OA 7

Identificación de elementos distópicos

Respuesta preferente en cuaderno

## Ruta de la clase

- Observar el video y responder tres preguntas clave.
- Leer dos textos y reconocer rasgos distópicos.
- Comparar los textos y conectar con la novela.
- Preparar una tesis inicial para el tríptico.

## 1. Video de activación

Observa el video pensando en esta pregunta: ¿qué rasgo de la distopía ayuda a leer mejor la novela de Philip K. Dick?

Esta versión queda en **modo cuaderno**: la página guía la actividad y la respuesta formal debe quedar en el cuaderno. El guardado y la entrega en plataforma se habilitarán más adelante.

Video base sugerido: **¿Cómo reconocer una distopía?**, TED-Ed en español. Si el profesor entrega otro enlace de YouTube, esta misma página puede abrirlo con el parámetro **?video=**.

## 2. Ideas mientras miras

Registra observaciones breves. No copies definiciones completas: selecciona ideas que después puedas usar para interpretar.

**¿Qué diferencia plantea el video entre utopía y distopía?**

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

**Menciona un ejemplo del video donde un ideal termina convertido en control o pesadilla.**

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

**Según el video, ¿qué peligro aparece cuando se intenta moldear a la humanidad según un ideal perfecto?**

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

### 3. Textos para identificar elementos distópicos

Lee con calma y detecta marcas concretas del género. No basta con decir que un texto es distópico: debes mostrar qué elemento aparece y con qué evidencia.

Usa el video solo como marco. El análisis central de esta clase se hace sobre los textos.

**Texto 1** Aprox. 850 palabras · Relato original de ambientación distópica

#### "Los nombres de repuesto"

En la Ciudad de Registro los nombres de nacimiento duraban quince años exactos. Se usaban en la casa, en los primeros cuadernos y en las fichas médicas infantiles, pero no llegaban a la vida adulta. El Ministerio de Continuidad decía que un nombre heredado era una carga irregular: traía deseos familiares, recuerdos improductivos y lealtades difíciles de medir. Por eso, al terminar segundo medio, cada estudiante asistía a la Ceremonia de Reasignación y recibía un nombre funcional, elegido por el sistema según su rendimiento, estabilidad y proyección de servicio. Nadie hablaba de pérdida. Los instructivos decían que se trataba de una transición limpia hacia una identidad útil.

Yo trabajaba en la Oficina de Ajuste Nominal, tercer subsuelo, corredor C. Mi tarea consistía en revisar los nombres salientes antes de su almacenamiento definitivo. Las bandejas llegaban cada tarde con tarjetas delgadas, de un gris casi amable. En una cara aparecía el nombre civil anterior; en la otra, el nuevo identificador. Los casos más simples daban poca impresión: Eva Mena se convertía en Enlace 14, Pablo Reyes en Soporte 9, Camila Soto en Logística Sur. Los supervisores repetían que el sistema no humillaba a nadie; solo alineaba a cada ciudadano con su mejor aporte. Aun así, había nombres que pesaban más que otros. Algunos parecían resistirse desde el papel, como si las letras conservaran un resto de voz.

Ese martes me entregaron el expediente de Alma Ruiz. Había obtenido altos puntajes en lectura, un historial impecable de conducta y una observación amarilla por "apego excesivo a denominaciones familiares". El sistema proponía reemplazar su nombre por Vector 27, perfil de enlace pedagógico. Junto al veredicto venía una nota automática: se sugiere retiro inmediato de apodos, canciones y objetos con monograma previo. Leí el informe dos veces. No porque fuera incomprensible, sino porque en ningún renglón aparecía lo que yo había visto esa mañana en la antesala de la ceremonia: la muchacha apretando entre los dedos la costura de su uniforme mientras una mujer mayor, seguramente su abuela, la miraba como quien se prepara para perder algo sin hacer ruido.

La Ceremonia de Reasignación se hacía en el Salón Blanco, un auditorio sin ventanas donde cada asiento tenía un lector de pulso. El director subía al escenario y pronunciaba siempre el mismo discurso: que la adultez empezaba cuando uno dejaba de llamarse desde el pasado y aceptaba ser nombrado desde la necesidad común. Después, una voz sintética leída por los altavoces

anunciaba los nuevos nombres con una suavidad casi maternal. Cuando llegó el turno de Alma, la pantalla central desplegó: **VECTOR 27, UNIDAD DE ENLACE PEDAGÓGICO**. Hubo aplausos breves. La abuela no aplaudió. Solo se llevó una mano al cuello, como si quisiera comprobar que todavía guardaba algo debajo de la blusa. Alma caminó hasta la mesa, recibió su credencial y preguntó en voz baja dónde quedaba registrado el nombre anterior. El funcionario de escenario respondió sin levantar la vista: "En reserva histórica. No requiere consulta cotidiana".

Nadie en el ministerio consideraba esa respuesta cruel. Al contrario, se nos entrenaba para decirla con tono tranquilizador, del mismo modo en que otras oficinas aprendían a informar cortes de energía, reasignaciones de vivienda o cierres de sector. Yo mismo había recibido un nombre funcional dieciocho años antes. Antes de ser Operador C-81, me había llamado Jonas Ferre. Lo recordaba porque mi madre lo repetía al servirme sopa, al curarme una herida, al retarme por llegar tarde. Después de su muerte, nadie volvió a usarlo. Durante años llegué a pensar que recordar un nombre viejo era apenas una extravagancia sentimental, algo equivalente a conservar boletos o envoltorios. Pero en el subsuelo, rodeado de tarjetas grises, empecé a notar que los nombres archivados no desaparecían del todo. Seguían ordenando la manera en que una persona había sido mirada, querida o temida antes de volverse utilizable.

Al final de la jornada, las tarjetas reasignadas debían pasar por el módulo de sellado. El procedimiento era simple: comprobar datos, activar el lacre térmico y deslizar la tarjeta hacia el contenedor profundo. Esa tarde, cuando tomé la de Alma Ruiz, advertí una irregularidad en el borde. La tarjeta había sido abierta y cerrada a mano antes de llegar a mi mesa. Dentro, entre las dos capas, alguien había escondido una tira mínima de papel. Decía solo cinco palabras: "Tu nombre sabe volver solo". Miré alrededor. El supervisor hablaba por intercomunicador y los otros operadores ya habían empezado el cierre. Seguí con el protocolo, pero mis dedos no obedecieron del todo. En vez de enviar la tarjeta al contenedor profundo, activé una falla de lectura y la derivé a revisión manual. Era una falta menor, casi estadística. Aun así, sentí que el lector de pulso sobre mi mesa tardaba demasiado en bajar.

A la mañana siguiente, mientras subía por la escalera mecánica de servicio, escuché a dos estudiantes llamarse por sus nombres nuevos como quien prueba zapatos aún duros. Sonaban correctos, eficaces, limpios. En el hall principal vi a Alma con la credencial colgando del pecho. Una profesora la saludó: "Buen día, Vector 27". La muchacha giró un segundo demasiado tarde, como si el llamado hubiera tenido que atravesar otra capa antes de llegar a ella. La abuela ya no estaba. En ese retraso mínimo comprendí algo que ningún manual decía: el sistema no cambiaba solo palabras; intentaba administrar la distancia entre una persona y aquello que alguna vez la había hecho irrepetible. Ese día, antes de iniciar turno, saqué del bolsillo la tira de papel, la copié en la contratapa de mi libreta de incidencias y, por primera vez en dieciocho años, escribí también mi nombre anterior completo. Luego cerré la libreta y bajé al subsuelo. El pasillo seguía igual de blanco. Pero las tarjetas grises, alineadas bajo la luz, ya no me parecieron archivos. Me parecieron

restos de una ciudad que necesitaba borrar los nombres para no admitir que cada vida llegaba al mundo con una forma propia de desobedecer.

**Texto 2** Aprox. 760 palabras · Texto original para uso pedagógico

## "El índice de calma"

En la Ciudad de los Pasillos Claros nadie preguntaba ya cómo había amanecido. La pregunta correcta era otra: *cuánto marcaste hoy*. A las seis en punto, las pantallas de los edificios encendían el promedio del barrio y cada pulsera cívica enviaba al reloj personal el índice individual de calma. Quien amanecía sobre 8,5 recibía acceso prioritario al transporte, descuentos en alimentos y una luz azul junto a su nombre en los registros laborales. Quien bajaba de 6,0 debía presentarse antes del mediodía en un Punto de Ajuste. El sistema aseguraba que la antigua violencia de la ciudad no había sido derrotada con más policía, sino con un método más elegante: medir en tiempo real el desorden emocional antes de que se volviera acto.

Yo trabajaba en la Escuela de Trayectorias Útiles, donde los estudiantes aprendían matemáticas, lenguaje funcional y respiración reglada. Mi cargo no era profesora ni inspectora. El Ministerio lo llamaba **acompañante de estabilidad formativa**. En la práctica, observaba las variaciones que las pulseras registraban en los alumnos durante las clases. Si un pulso subía demasiado durante una lectura, una pregunta o un recreo, yo debía anotar la situación y enviar una sugerencia de corrección. A veces bastaba con cambiar de puesto a un estudiante. Otras veces había que retirarlo veinte minutos a la Sala Blanca, un cubículo con luz neutra y una voz sintética que repetía: "Tu equilibrio beneficia a todos". Nadie decía castigo. Nadie decía miedo. El lenguaje oficial prefería palabras suaves, como si el control resultara menos control cuando se pronunciaba con tono amable.

Mi hermano Tomás había recibido su primera alerta amarilla a los doce años. No gritó, no golpeó a nadie, no huyó de casa. Solo lloró durante el Juramento de Eficiencia, el acto de los lunes en que todo el curso prometía aportar serenidad al país. El informe no consignó que hubiera llorado. Indicó que presentó una *desregulación lagrimal improductiva* frente a una instancia de cohesión cívica. Desde entonces, cada vez que su pulsera descendía, mi madre lo llevaba al módulo de microajuste más cercano para evitar una marca roja. Allí le hacían repetir escenas agradables mientras una pantalla le enseñaba que la tristeza extensa debilitaba el proyecto común. Tomás salía con la voz más baja y una sonrisa aprendida, pero sus índices nunca mejoraban del todo. Parecía entender demasiado bien que, en esa ciudad, hasta las emociones debían demostrar rendimiento.

Una semana después llegó Mara, una estudiante nueva con promedio académico excelente y estabilidad pésima. No discutía, no empujaba, no desobedecía de forma visible. Su problema era otro: preguntaba cosas sin utilidad inmediata. En la clase de Historia de la Pacificación quiso saber por qué el archivo escolar hablaba de "periodos de ruido social" y no de huelgas, protestas o abusos. En Lenguaje funcional preguntó por qué casi todos los textos del programa terminaban

premiando a personajes tranquilos y castigando a quienes dudaban. El panel de mi escritorio mostró sus variaciones en rojo. Cuando el profesor proyectó un anuncio sobre las ventajas del índice de calma, Mara levantó la mano y dijo: "Si todos aprendemos a reaccionar igual, ¿cómo vamos a reconocer cuando algo está mal?". En la sala no se escuchó un ruido. Aun así, doce pulseras bajaron al mismo tiempo.

El protocolo indicaba derivación preventiva. Yo debía acompañar a Mara al Centro de Reorientación Afectiva para iniciar una secuencia de ajuste temprano. El edificio estaba lleno de vidrio y plantas exactas, como si quisiera parecer una clínica amable y no una fábrica de respuestas aceptables. Una asistente virtual nos recibió con una voz casi humana y nos mostró en pantalla las ventajas del proceso: menor fricción social, mayor proyección laboral, mejora del descanso. Luego le ofreció a Mara tres paquetes de regularización: *pausa productiva*, *empatía ordenada* y *serenidad sostenida*. Cada uno incluía respiraciones guiadas, reemplazo de formulaciones conflictivas y entrenamiento facial. Mara observó la pantalla sin tocarla. Después me preguntó, como si estuviéramos comentando el tiempo: "¿Y si la calma fuera solo otra forma de obedecer sin hacer preguntas?". La pulsera que llevaba en la muñeca emitió un sonido breve. El sistema había detectado divergencia conceptual.

Esa tarde volví a la escuela con el informe abierto en la tableta. Solo debía pulsar enviar y el expediente de Mara quedaría iniciado. En el pasillo principal, las pantallas celebraban que el distrito había alcanzado el mejor promedio de calma del trimestre. Los estudiantes caminaban en fila suave, con la vista al frente y las pulseras brillando como pequeños semáforos obedientes. Pensé en Tomás llorando en silencio. Pensé en Mara preguntando lo único que nadie quería responder. Pensé también en mi propio registro: nueve años seguidos sobre 8,0, nueve años sin una sola observación por exceso de duda, rabia o pena. Entonces hice algo mínimo y torpe. En vez de enviar el informe, entré a observaciones pedagógicas y escribí: *La estudiante no presenta riesgo de agresión. Presenta capacidad de relacionar lenguaje oficial y realidad vivida*. El sistema rechazó la frase por ambigua. La reescribí tres veces hasta que aceptó una versión más neutra, pero dejé una palabra sin corregir: realidad. Al salir, la pantalla del pasillo seguía anunciando calma. Sin embargo, por primera vez, ese brillo ya no me pareció paz. Me pareció silencio administrado.

#### **Texto 1 · elementos distópicos**

Nombra al menos dos rasgos: control, vigilancia, lenguaje oficial, medición, pérdida de identidad o resistencia.

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

#### **Texto 1 · evidencia**

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

#### **Texto 2 · elementos distópicos**

No resumas la historia completa: selecciona lo que vuelve inquietante a ese mundo.

#### **Texto 2 · evidencia**

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

**Patrón común de ambos textos**

Explica qué forma de control o qué tensión sobre lo humano se repite en los dos casos.

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

## 4. Interpretación guiada

Elige un foco y construye una lectura. La respuesta debe decir algo sobre el sentido de los textos, no solo enumerar rasgos del género.

**Rasgo distópico principal**

Control social, tecnología y medición, identidad y humanidad, obediencia normalizada o ambiente opresivo.

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

**Concepto clave**

Ej.: empatía, protocolo, memoria o control.

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

**Interpretación comparada**

Explica qué muestran los textos sobre el poder, la identidad o la humanidad y por qué eso los vuelve distópicos.

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

## 5. Puente con el libro

Relaciona el foco elegido con *¿Suenan los androides con ovejas eléctricas?*. Usa un episodio, personaje, objeto o conflicto de la lectura para mostrar un patrón semejante.

**Conexión con la novela**

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

**Evidencia de la novela**

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

**Tesis inicial para tu tríptico**

Una tesis no resume la historia: propone una lectura sobre humanidad, control, identidad o empatía.

**RESPONDE EN TU CUADERNO.**

## 6. Cierre de clase

El cierre se hará en conversación oral con los grupos. El profesor puede escoger cualquiera de estas preguntas para pedir justificación, evidencia o comparación de lo trabajado hoy.

Estas preguntas no se responden en el cuaderno. Son para conversación oral entre el profesor y los grupos.

### Pregunta 1

¿Qué diferencia central plantea el video entre utopía y distopía?

### Pregunta 2

¿Qué elemento distópico comparten los dos textos y cómo aparece de manera distinta en cada uno?

### Pregunta 3

¿Por qué el cambio o borrado del nombre en el Texto 1 afecta la identidad del personaje?

### Pregunta 4

¿Cómo funciona el índice de calma del Texto 2 como mecanismo de control social?

### Pregunta 5

¿Qué crítica al lenguaje institucional o al discurso oficial aparece en ambos textos?

### Pregunta 6

¿Qué relación se puede establecer entre obediencia, control y pérdida de humanidad en los textos leídos?

### Pregunta 7

¿Qué episodio, personaje u objeto de *¿Suenan los androides con ovejas eléctricas?* se conecta mejor con esta lectura comparada y por qué?

### Pregunta 8

¿Cuál de los dos textos les pareció más inquietante y qué evidencia concreta lo justifica?

### Pregunta 9

¿Qué tesis inicial podría servir para el tríptico a partir del foco que eligieron hoy?

### Pregunta 10

Si una sociedad promete orden, eficiencia o bienestar, ¿en qué momento empieza a volverse distópica?

Sugerencia: proyecta la página, mira el video, lee los textos y usa este banco para cerrar oralmente con cada grupo.